

# LA ESTIRPE DE LAS VACAS SAGRADAS

ULTIMAMENTE, los medios de «difusión» nos vienen bombardeando con una larga serie de nuevos términos y expresiones, que tratan de dar nombre coherente y representativo al fenómeno de la música joven. Según algunos, estas expresiones y etiquetas son válidas. De unos meses a esta parte, eso del «pop music», aunque llena las emisoras de radio, como término, se viene oyendo menos, mientras que «rock», «cultura del rock», «el nuevo folk-rock británico» y otras veinte o treinta más, como «rock cósmico», «rock futurista» y «rock acústico», llenan la boca de «especialistas», «profesionales» y simples aficionados. El que el buen aficionado, que es en definitiva el barómetro más representativo, acepte estos términos en su lenguaje habitual, es en sí muy significativo. Lo de «nueva cultura del rock», a mí no me acaba de gustar, y eso de «nueva» me suena a lanzamiento publicitario de un jabón biológico ya un poco decadente en su popularidad. Creo que hoy en día hay pocas cosas «nuevas», y además muchos de los artifices de la «nueva era del rock» no son precisamente «nuevos». Casi todos ellos son gente que viene trabajando duro desde hace mucho tiempo. La generación espontánea es algo tan poco frecuente como utópico; las grandes bandas de la MUSICA ACTUAL trabajan muy juntas, en grupo, amasando ideas y sonido.

Más de uno asociará eso del «rock», por decirlo de alguna manera, a lo que hacía Elvis, al «rock de la cárcel», a un baile más o menos hortera, a «Little Richard» y a los cuatro compisitos de rigor... Nada más lejos de la realidad. Este fenómeno es la resultante de una serie de campos y experiencias musicales que abarcan desde concepciones de «jazz» hasta estructuras llamadas convencionalmente «Sinfónicas». El «rock» es la música, nada más. La música sin limitaciones de estilos o nombres. Es la expresión del músico joven de hoy. En estos momentos, creo que es un error seccionar. Conviene unir y concebir una música total, amplia y universalmente válida. Siempre he creído que sólo hay un tipo de música: la buena, ya que la buena es la única que merece ser tratada de arte musical. Eso de que hay música buena y mala es tanto como conceder el denominativo de música a «algo» que es tan sólo basura alienante, ramplonería y superficialidad estúpida. Se puede argüir que cada cual «tiene su gusto», pero, como en todo, hay buen y mal gusto.

## Las contradicciones del «rock»

El fenómeno social del «rock» goza de un poder de convocatoria sólo superado por el evento circense-negocio-ex-deportivo llamado «foot-ball». Para acudir a una de estas manifestaciones multitudinarias, en las que unos melencidos son el centro de atracción, sólo se exige al espectador una cantidad de dinero generalmente bastante elevada. No existen, en principio, ningún tipo de prejuicios dentro de la masa que acude a oír, a «adorar» a esa especie de «becerros de oro» que son lo que

do juzgarle. Solamente digo que él tituló sus recitales como «Concier-tos de rock y amor». Evidentemente, el «rock» y el amor van unidos, son todo uno, pero mucho me temo que, una vez más, la gente se quede con la forma y no llegue al fondo...

Nunca he admitido la llamada «cultura del rock», porque creo que es algo tan importante y tergilversado, que sólo beneficia a la industria capitalista. Desde el momento en que los artistas (que generalmente, por no decir todos, están en contra de los sistemas en que viven) han de valer para llegar a las masas de los medios de

por mucho que el «rock» diga en contra pero desde dentro, poco o nada se podrá hacer.

Las vacas sagradas del «rock» pastan desesperanza, nihilismo y hastío. El «underground» tendrá validez en tanto en cuanto no se deje prostituir por el dinero que el capital le tiende cuando ve en sus filas «futuras estrellas del pop».

He dado muchas patadas mezcladas entre la gente importante del «rock». He tocado con algunos de ellos y creo que nos hemos llegado a entender. Sé bien que, desgraciadamente, no están todos, aunque sí son todos importantes. El orden de colocación es pura coincidencia: empleo y acabo con «veteranos»... Lo que ya no es coincidencia es que sean todos británicos; eso es la consecuencia del ambiente y del trabajo en equipo de mucha gente. Aunque a más de uno le fastidie, la superioridad británica es tan abrumadora como evidente.

A mí me gustan unos más que otros. El que habla sólo de grupos y británicos no obsta, naturalmente, para que también exista toda una larga estirpe de solistas y no ingleses.

## Juan Pablo López-León

el «Melody Maker» llama comercialmente: «Gigantes del Rock». De momento, la mayoría adora al «becerro de oro», aunque ya se empieza a notar que cierta parte de la masa borreguil adora al oro del becerro... Esa «solidaridad» que se respira en los conciertos de «rock», luego, en la calle, desaparece casi totalmente y el joven, heredero del pasado, esclavo del prejuicio, «revolucionario» de formas y no de fondos, vuelve a ser la isla que siempre ha sido, el paraíso perdido que le han obligado a ser.

Una de las pocas personas que dicen que es válida dentro del oxidado y enano tingladillo musical español es Miguel Ríos. Yo no lo conozco personalmente y no pue-

comunicación que están en manos del capital, no están sino colaborando a reforzar todavía más las estructuras vigentes... Y al menos, si el porcentaje que el artista se llevara, en general, fuera grande, merecería en cierto modo la pena, pero como además el porcentaje es ínfimo... Por otro lado, está bien claro que si en este «movimiento» se ofrecieran, además de críticas, soluciones viables para cambiar de raíz muchos de los aspectos negativos de la sociedad actual, ésta, celosa de guardar y conservar el orden impuesto, no toleraría, ni mucho menos, que este mensaje llegara a la gran masa. Como además tiene mil y un medios para alienar a una mayoría,

## The Rolling Stones («No Expectations»)

«Al señor Michael Philip Jagger, miembro del grupo británico The Rolling Stones, le queda totalmente prohibido el hacer uso de los servicios de la British European Air Lines (BEA) por comportarse «groseramente» con una de nuestras azafatas... En un largo artículo del 22 de junio de 1972, el diario londinense «Evening Standard» hacía referencia a los «azotes» en el trasero que el señor Jagger propinó a una atractiva y sugerente azafata. «La culpa fue de ella —se defendió Mick más tarde—; si la niña de la BEA moviera menos el trasero...».

Jagger, los Stones son el grano, la costra y la verdad cruda. El mismo Oldman ya lo dijo hace unos años: «Creo que los Rolling han sido una avanzadilla para su época». Hoy día, con un poco más de «perspectiva histórica», creo que las palabras del «manager» del quinteto son totalmente ciertas, casi proféticas. Inevitablemente, la palabrita de rigor no podía faltar: Beatles. Si bien es cierto que las comparaciones son odiosas, creo que convendría decir algo al respecto para intentar poner a cada cual en su sitio. Cara y cruz, blanco y negro, quizá... Pero menos. Para ello se ha de soslayar cualquier tipo de «fanatismo, aunque,



Jethro Tull: «La necesidad de Dios nace del miedo, de la inseguridad, de la incertidumbre y la vaciedad interna».



Rolling Stones: «No somos más que esclavos del pasado, hombres egoístas y solitarios...».

desgraciadamente, todavía hoy se puede encontrar mucho por ahí. Gran culpa de ello la han tenido los medios de alienación, que otros llaman de difusión, los cuales, allá por los años 67, 68, 69 y 70, llegaban a establecer «pugilatos» entre las dos formaciones inglesas. La masa rugía que prefería al lindo Paul, con perdón, antes que al feo de Jagger. La propaganda presentaba a los Beatles como «los buenos». Esa misma propaganda presentaba a los Stones como una especie de «forajidos» del disco que pegaban berridos y que debían cambiar de cantante, porque el «jefe de la banda» desentonaba. Los Beatles eran el moflete y los Stones el hueso. Unos tenían acné y los otros granos. Unos eran de orden y los otros menos. Los chicos de Lennon fumaban tabaco rubio yanqui y los Stones marihuana (por si hay «navegantes» que vean partidismo en lo que digo, les diré que yo no fumo). Recuerdo que unos vecinitos míos tenían una especie de club burguesito, en el que daban guateques a las cinco y canapés escasos, y para aceptarte en su panda te exigían ser del Madrid y de los Beatles. Como yo he sido siempre de la música, no logré entrar. ¡Menudo trauma! La filosofía de los Stones está llena de impotencia, de flores muertas, de tumbas y de una especie de negro masoquismo. Lo llegaron a pintar todo de negro, quizá porque la sociedad les fue relegando al más terrible de los nihilismos. Su propio nombre, en el que algunos «enteradillos» han querido buscar mil y una explicación, no pasa de ser lo que es, y ya es bastante: piedras rodantes. Lo del «To be stonies» fue, al menos en tiempo, bastante posterior a la juvenil formación del grupo. Es más, la propia consecuencia de ser una piedra que rueda hacia el vacío, sin saber quién la puso en lo alto del monte, quién o qué fuerzas interiores la empujaron a caer, es la causa directa del hastio y la con-

fusión del grupo. Naturalmente, las mismas causas se dan en esos millones de cantos rodantes que hay por el mundo, cayendo por la ladera de su propia vida. En actitud, los Stones han tenido siempre una profunda postura crítica, pero el no ver nada claro, el sentirse marioneta en manos del tiempo y de los propios hombres, les ha conducido a la ya citada postura nihilista. «No somos más que esclavos del pasado, hombres egoístas y solitarios, pero el mal no está en las estructuras, sino en los hombres que las han formado y que no se atreven o no pueden hacerlas cambiar. Claro que la estructura condiciona al hombre, pero pienso —dice Jagger— que el ser humano es el único que las puede modificar o destruir, cuando son tan absurdas como las que sostienen al mundo actual». Mick puede decir un montón de tonterías, pero generalmente suele ser un hombre brillante y de fina percepción.

Hace unos meses, trabajando para un asunto que titulamos «Antifilosofía», tuvimos la oportunidad de charlar con él. Siempre tienes algún «conocido» que te dice que tiene un «amiguete» que conoce íntimamente a los Rolling Stones. Para demostrar que es «progre», asegura que le han dicho que el grupo inglés no para de drogarse. Y aquí me gustaría salir al paso del asunto de los estupefacientes. Los líos que han tenido con la Brigada policial que se encarga de estos asuntos han sido, generalmente, en épocas de vacas flacas, cuando su popularidad no estaba arriba del todo. Las imágenes más negras convenientemente «aderezadas» pueden ser incluso muy comerciales. Por su coherencia, su profundidad e incluso su buen aspecto físico, Mick no nos daba la impresión de ser un adicto. Por otro lado, él es demasiado listo, y usando las drogas que dicen que usan los Stones, su estado anímico y creador sería muy bajo. En manos de las drogas fuertes, los hombres se convierten en verdaderas piltra-

fas, yo los he visto, y Jagger, desde luego, no es ninguna piltrafa. «¿Recuerdas, Mick, cuál fue el motivo de titular "Simpatía por el diablo" a aquella canción del "long-play" "Banqueta de mendigos"». «Sí, muy bien. Yo de siempre he tenido mucha simpatía por el diablo. Satanás fue el primer rebelde. Si te acuerdas de esos rollos, verás que Satán es el primer "ente" que se rebela contra poder establecido alguno; en ese caso, el Divino. En el "chisme" ese no explican por qué se rebeló aquel ángel. No sabemos los motivos que pudo tener. Lo más divertido es que luego al hermano ángel bueno lo convirtieron, por "real decreto", en el diablo malo, que asusta a nuestros niños y que es el símbolo del mal...». Jagger: «¿Eres tú un pequeño diablo?...». «No, hombre, yo sólo soy un hombre rebelde, sí, pero nada más... impotente, como todos, pero que al menos me doy perfecta cuenta de mi impotencia...». Ya decía yo que la cultura del «rock» es impotente, porque su fundamento falla en la raíz. Mientras la preciosa «Yesterday», una de las canciones más bellas que se han escrito, ha sido convertida en «standard»-romanticolide para que las parejas «se lo bailen agarrao», «I can't get no satisfaction» se ha convertido por sí sola en el lema, quizá tan sólo en la postura, de una juventud más o menos sincera que busca algo, que está tan insatisfecha como Jagger.

Los Stones están ahí, cada vez más fuertes en escena, con un Mick Taylor hecho el amo... El día en que la historia «oficial» haga justicia será ya demasiado tarde, pero a pesar de todo, la juventud de vanguardia reconoce y sigue los caminos, numerosos y contradictorios, que los Stones han abierto con su nihilismo, su expectativa y su melancólica esperanza gris. Los Beatles se han quedado en el camino, destruidos por «algo más» que sus disidencias personales... El globo era demasiado grande, podría volar, convino pincharlo...

## Jethro Tull (In the beginning Man created God...)

Ian («loco») Anderson, lo he de decir de antemano para ir matizando, es uno de los hombres más brillantes, completos, clarividentes y geniales que pueda haber. No son palabras, es una realidad atestigüada por su importantísima obra. Sé bien que eso de «genial» está hoy muy extendido y se aplica incluso a desgarramantas. Las riquezas de Ian son tan variadas como interesantes, y sólo después de conocer profundamente a una persona y de haberla comparado con la mediocridad circundante, se puede llegar a decir que objetiva e imparcialmente Ian es un fuera de serie (lo de «loco» no es más que «no normal», y en el fondo, Anderson es un cuerdo en una sociedad de locos, que además se permiten el lujo de calificarle de «loco» con cierto desdén impotente).

En torno a los hombres «sabios». «Está cada vez más claro —me dijo Ian hace no mucho tiempo— que la filosofía joven se aparta más y más de los fosilizados y teóricos "libros de filosofía", donde se recopilan un montón de datos "cultistas" y donde se dicen cosas de perogrullo con palabras "eruditas"... y sobre todo con citas, muchas citas. Cuando copias a uno es un plagio, pero cuando lo haces de cuenta te dan el sobresaliente en tu trabajo para el doctorado. El estudiante puede ver así que el señor que escribió ese pestiño se atreve a decir una serie de tonterías doctrinales, "sentando cátedra", amparado en su categoría, comprada a base de dinero y aguante, de: "señor licenciado"... ¡Es increíble cómo estos tipos, los "sabios", se atreven a teorizar sobre la vida y todas sus experiencias!... Luego resulta, ¿sabes?, que se han pasado la juventud entre hojas amarillentas, y de lo único que saben es de silencios, de vacíos y de miedos...»

Anderson, Dios y el hombre.—Ian es un hombre difícil, tremendamente especial. Mi inglés da, lógicamente, para bastante, pero ni siquiera muchos ingleses de pura cepa le siguen fácilmente. Existe por ahí un «tópico» que dice que el inglés es un idioma pobre, y eso es más falso que Judas. Lo que pasa es que es una lengua en la que te puedes defender con un cierto número mínimo de palabras. La prueba más fehaciente de lo que digo se puede obtener en el propio lenguaje del flautista y líder de Jethro. Anderson tiene una forma especial de hablar, construye frases de todo tipo, y sobre todo tiene un rarísimo acento, casi tanto como «beggar's overcoat», que Dios sabe de dónde provienen... «¿Que qué opino de Dios?... Bueno, yo apuntaba algo sobre esto en "Aqualung"... ¿Que no está publicado en España?... Claro... Total (Anyways)... Pienso que Dios está un poco en todas partes, es parte de ti y parte de mí, pero ese "Dios" de al-

## LA ESTIRPE DE LAS VACAS SAGRADAS

tares, cajitas de oro, castigador y paternalista, ése no es el Dios ni de nada ni de nadie. El hombre impotente, acomplejado y cobarde se ve obligado, "se ha visto obligado", durante siglos a fabricarse una especie de mito todopoderoso, imagen y semejanza de todas sus virtudes aumentadas y de todos sus defectos e impotencias, convertidas por la imaginación calenturienta en aspectos loables y positivos de ese "Ente" extrahumano. De este modo, la mente humana crea un ser superior al que agradecer y al que remitirse, evitando así responsabilidades y "justificando" pecados. La necesidad del Dios, de los miles de diversos dioses, nace del miedo y de la inseguridad, de la incertidumbre y de la vaciedad interna en aquellos seres que, como en los hombres primitivos, confunden la magia y la religión y buscan un "remedio salvador presente y futuro". «¿Socialmente vas valores y méritos distintos en cristianos y ateos?». «Evidentemente, querido amigo, cuando estaba bajo su zapato les oí muchas veces decir: "Si yo supiera que no iba a haber vida eterna, salvación, de qué me iba a estar yo fastidiando aquí... me dedicaría a vivir, que son dos días...". El ateo —continúa Anderson— que socialmente se comporta en favor de sus semejantes, tiene para mí mucho más valor que el otro, ya que mientras el cristiano vive con esa especie de "seguro de vida futura que se tiene o no se tiene" y que ellos llaman fe, el ateo, que interiormente nada en la duda, cerca de la desesperación y metido en la tiniebla, tiene, para mí, mucho más mérito, ya que aquél dice actuar porque conoce la "revelación divina"....».

**Anderson el tirano.**—Sí, ya sé, se dice que todo lo que hago lo pido al dedillo a mi gente, que soy un tirano y mil cosas más, pero, de verdad, dime: ¿Me ves tú cara de ser todas esas cosas?...». «Yo, de verdad, no te veo tan "monstruo", te veo "anormal", si por ello entendemos no habitual, no gris, no vulgar...».

El grupo anda últimamente un poco zozobrando. Bunker y Cornick se fueron, y pienso que musicalmente se perdió mucho. «Stand Up» quedó ya muy lejos. El cambio del pretencioso Abrahams por el fabuloso y casi «sanfranciscano» Martin Barre fue muy provechoso.

Anderson dice que está harto de todo, que lo va a dejar. Se dedicará a volver a la raíz, como él dice, a producir a Steeleye Span, a escribir poemas y hacer canciones para Jennie y su gente. Además de su gran talento, Anderson tiene una gran voluntad. Lo importante es que siga teniendo alguna que otra esperanza y que le dejen vislumbrar algún camino en el que pueda

trabajar y demostrar lo que es: un genio.

### **Pink Floyd (And after all we're ordinary men)**

Sólo tengo un «poster» en las paredes de mi cuarto: Gillmour, Watters, Wright y Mason está ahí, presidiéndolo todo, serios, sonrientes, vivos... Hace no muchos meses, en París, pude conocer al grupo que para mí sólo tiene un calificativo: **majestuoso**. Si hubiera categorías, ellos podrían ser muy bien los reyes, pero, afortunadamente, no las hay, y ellos son tan sólo «hombres ordinarios»... («Us and them», poema de Roger Watters). Mi tío Maurice tiene un estudio de cine, que ahora, por falta de trabajo, alquila a la publicidad, en Boulogne Billancourt. Una mañana, mi tío llegó, todo asustado, diciendo que había alquilado una sala insonorizada a unos pájaros muy serios, con buena pinta, que llenaron todo el sitio con «bichos raros» que hacían «un ruido infernal»... Interesado por el asunto, pregunté el nombre. El, un tanto desconocedor de lo que tenía en su estudio, me dijo: «No sé qué de Pink...». Rápidamente, sin creérmelo todavía, cogí unos bocadillos y me largué para el estudio, que está al otro lado de la calle. Un piloto rojo encendido me avisaba de que la entrada estaba prohibida. No llevaba yo esperando dos minutos cuando, sigilosamente, casi de puntillas, una mujer salió del recinto que los Floyd habían invadido. Esbelta, mezcla de rubia «insípida» y pecosa con ángel, aquella monada, vestida con largos faldones, con un anillo en cada dedo, me preguntó dónde podría conseguir algo de comer para todos ellos. Le ofrecí mis bocadillos, pero ella rehusó agradeciéndome. Dimos mil patadas, porque todo estaba cerrado a esa hora. Menos mal que un «uniprix» estaba abierto, y allí pudimos comprar comida. Cuando hubimos terminado, le expliqué lo que quería, y con botellas de leche bajo el brazo y unos «sandwiches» de lechuga en la mano, me pude «colar» en aquel «santuario». Estaban haciendo pruebas y discutiendo algunas particularidades. Al verme se sorprendieron un poco, pero luego, como yo estaba atento y calladito, de vez en cuando me echaban alguna sonrisa, como preguntándome si me gustaba o no. Yo no lograba salir todavía de mi asombro, cuando se pusieron a comer junto a mí. Yo estaba cortadísimo, y no me atrevía a decir palabra. «¿Cómo has logrado entrar?», dijo Nick... «Por influencias del Eliseo», dije yo, haciendo un chiste. Por fin había logrado romper el hielo, y los míticos Pink Floyd, en camiseta y con «blue jeans», estaban departiendo amigablemente conmigo.

Aquella mañana pude palpar no la cara oculta de la luna, sino la cara íntima y totalmente desconocida del grupo británico. En su vida particular están aquí y ahora, no están en las poéticas nubes de su música espacial. Están en una carie de Gillmour o en un catarro de Wright. Ellos dicen que son hombres vulgares... pero su música está por encima de todo, de la vulgaridad, del sol y hasta del tiempo. «Pinky» viven en esa cara desconocida, misteriosa y sombría de la luna, donde todo es sosiego y, aunque no lo parezca, luz de día de verano. Con cuatro acordes pueden hacer poesía; con tres palabras, Watters puede pintar la vida. Para escucharlos hay que ponerse los cinturones, apagar el cigarrillo y disponerse a volar. En ese vuelo, Pink Floyd descubre al hombre y su inmensa grandeza. Después del «Umma Gumma» y del «Atom Heart Mother», el resto de la obra es igual de importante, pero no la enumero porque puedo aburrir con títulos en inglés: yo creí que no podrían hacer nada mejor, pero me equivoqué. Hay trozos de «The dark side...» que son algo tan sublime, tan bello, tan alto, que allá arriba, escuchándolo, si estás plenamente concentrado, llegas a perder hasta la noción del tiempo. Watters, en esa línea de composición «simple» pero indefinidamente inspirada, hace las delicias enlazando sus temas armoniosos y poéticos, con una maestría poco común. Mason es un prodigioso baterista, con los golpes lentos, exactos, profundos. Su forma de tocar da un toque egregio a todo lo que los Floyd hacen. Siempre creí que Gillmour era un excelente guitarrista, fino como pocos. Después de oírle tocar en directo pienso que es aún mucho mejor si cabe. Richard Wright, el teclista, es un gran músico, que, consciente de que su voz estropearía sus composiciones, ha utilizado brillantemente las voces, como la de Clare Torry en «The Great gig in the sky», de una manera tan sabia como bella.

Pink Floyd se han asomado a la grandeza del cosmos en manos de su música astral, de su «rock cósmico». Su música les ha servido a modo de ventana, de catalejo, de nave espacial sonora, para explorar el inmenso universo, y a la vez, la pequeñez del hombre. Después de haberse proyectado hacia fuera, después de haber intentado meter el cosmos en los confines de un poema, en las simples notas de una canción, Pink Floyd me enseñaron que todas las demás cosas, las mezquindades y los egoísmos, sólo sirven para manchar de basura la luz eterna del hombre.

### **King Crimson (Islands...)**

El buen aficionado español puede tener un criterio más fundamenta-

do acerca de los Crimson que de los otros grupos a los que hago referencia en este trabajo. Su visita a Madrid (un día) y a Granollers (dos días) a finales del mes de noviembre del 73 es una relativamente buena piedra de toque para darse cuenta de lo que es este grupo inglés. En una cierta y prolongada época anduve trabajando para Island Records en Londres. Como se podrán imaginar, allí tuve la oportunidad de conocer, entre otros, a los King, Dorus, el «manager», no ha cambiado físicamente apenas desde entonces. El dinero que les están proporcionando estas «nuevas Américas europeas», aunque es muy considerable, pienso que no se les ha subido a la cabeza. Por mi relación, antigua pero recordada, pude seguir las tres actuaciones en España. Evidentemente, los Crimson de hoy no son los de ayer, aquéllos para los que Pete Sinfield hacía poemas. Las letras de ahora, sin llegar a vulgares, no le llegan a la altura del zapato a medio poema de Pete. Quizá eso se deba a lo que Bob Fripp me declaró: «Creo que las palabras son en cierto modo traicioneras, casi nunca expresan la mitad de lo que uno siente... Pretendemos hacer una música que por sí sola exprese esas cosas que las pobres palabras no pueden expresar, todo ese mundo que está detrás de la garganta y que va unido al corazón».

Robert tenía fama, ya dentro del «underground» londinense, de músico serio y muy competente. Su afán de cambio, de búsqueda continua, la lleva a hacer constantes cambios dentro de su agrupación. «Yo soy un hombre, un músico, que evoluciona todos los días un poco más; quizá no sepa a dónde voy, pero es lógico que exija a la gente que toca conmigo, que a su manera evolucionen también... Hay veces en que los caminos no convergen, y entonces es mejor que tome cada uno el suyo...».

Esto explica perfectamente el «lío» con Sinfield y el último «asunto» con Jaimie Muir, el percusionista de los «cacharros raros». Con Bill Bruford, el ex Yes, la banda ha ganado un elemento que es la guinda del pastel, la risa y la flor. Cross, para mí, demasiado frío y académico, decepcionó algo al buen aficionado. Wetton, aceptable bajista y cantante, es también otro buen elemento. Para muchos, la actual formación es más floja que otras, pero no es conveniente ni justo hacer comparaciones, ya que eran otros días y otras circunstancias. Fripp está metido en una carrera sin fin, que no sé cuándo ni cómo acabará. Puede ser que su escalera, al estar tan alta, se esté quedando sin peldaños y que el bueno, tímido y negro Fripp esté flotando en el vacío. Afirmo que es uno de los músicos más aportativos de la



King Crimson: «Pretendemos hacer una música que por sí sola exprese todas esas cosas que las palabras no pueden expresar, todo ese mundo unido al corazón».

música joven y que es una persona buena, consecuente y honesta... Su música a veces resulta muy compleja, casi inaccesible, pero en otras es dulce y tierna. Su guitarra puede ser lírica o escupir fuerza. FRIPP seguirá buscando hasta que se muera, le llamarán tirano, pero quizá en todo momento su música sonará a gloria.

### Yes (Close to the edge...)

«Close to the edge» significa al borde del abismo. Este era el significativo título del que es para mí el mono LP de Yes más importante. En el 73 se editó el triple LP en directo, grabado en la gira del 72 y que ellos titularon «YESSongs». Lo que para muchos fue osadía, se convirtió en la provechosa experiencia de grabar la mayor parte del material Yes en directo. Puede que esto no sea comercial, pero el grupo, al que unos han calificado de «pretencioso» y otros de «galáxico» ([grandilocuentes que son los «especialistas»...]), ha obtenido un buen resultado al grabar su aventura. A pesar de todo, barrocos o no, pretenciosos o galáxicos, Yes merecen un sitio dentro de la vanguardia de la música juvenil. Decir que Jon Anderson no sabe hacer letras y cantar en su sitio, es tan cretino como decir que Rick Wakeman no sabe lo que es un teclado. «Ricky», al que en Inglaterra las niñas llaman «el bonito», sin que en ello no haya más que admiración hacia su persona, es hoy día el teclista «rock» más solicitado de Gran Bretaña. El no se dedica a revolcarse por el suelo ni a retozar con su «sintetizador» por el escenario. Wakeman trabaja duro y muchas horas, mientras otros, como digo, viven del ayer, se repiten hasta la saciedad y tienen que recurrir a los efectos más antimusicales. Algunos dicen que hay que incorporar en escena un espectáculo total, pero el «teatro» de este tipo creo que no tiene nada que ver con el arte. Rick tiene una pequeña cicatriz casi imperceptible en el rostro. Siempre que te lo encuentras y sale el tema, te cuenta lo

que le costó tener acceso a un viejo y destartado órgano. «Yo no soy de una «familia bien». En casa no había medios, naturalmente, como para comprar un órgano al niño. En la iglesia de mi pueblo natal había un viejísimo órgano sin marca y que sonaba muy mal, pero como mi afición era tanta, yo, por las noches, me colaba en la iglesia y tocaba a mis anchas. Una noche se me acabó el chollo... El cura, que debía estar mosca, me sorprendió, y confundíndome con un ladrón me pegó una tremenda paliza, de la que aún conservo esta cicatriz...». El que muchos críticos digan que es hoy un número uno, no obsta para que Rick olvide lo mucho que le costó «cobrar» cuando empezaba...

Personalmente, pienso que con su incorporación, el grupo ganó cohesión y brillantez. Como Pink Floyd y King Crimson, Yes, por encuadrar de un modo lo que es en sí casi inencontrable, pertenecen a esa vena futurista, a esos seres que asomados a un cosmos impresionante e infinito logran llegar a una serie de concepciones realmente interesantes. La preocupación del grupo de Jon Anderson por el hombre es muy notable, ya que resulta que en las estrellas, en los cometas y en los «ovnis» están también los hombres. El hombre está en todas partes, al menos su espíritu de búsqueda se puede justificar ante el universo, que como no tiene fin y es el entorno del hombre, viene a ser a la vez su madre, su tumba y la propia causa de su pequeñez, que genera en él ese ansia de luchar contra su finitud humana.

Grupo potentísimo y grandioso. Yes invade los recintos de un halo mágico, lleno de un no sé qué étereo y de una sorprendente fuerza de choque que no permite que ninguno se encuentre al margen. Para ponerse a escucharlos se requiere de una desimplificación de criterios y conceptos, de una apertura total. Los principios «preconcebidos» se deben dejar al margen, relajarse, tomar conciencia y formar

cuerpo común con su música. Yes son el espectro, el precipicio y la borrasca. La idea de los abismos invade la obra del grupo que produce Eddie Oford. Se trata de dejar volar la fantasía, de no poner estatura alguna a la imaginación. Cuando estaban aún en América, Oford me lo anticipaba: «Son increíbles, muy buenos, están «haciendo patria», y aquí, en Gran Bretaña, algún día se les reconocerá...». Y así ha sido. Para muchos, su música resulta poco accesible, difícil y llena de barroquismo. Yo no creo, como algún mal pensado afirma, que nos estén tomando el pelo. Son gente sincera y buena, pero que quizá estén flotando al borde del abismo.

### Deep Purple (Sweet child in time, wait for the ricochet)

Supongo que habrá más de uno que no le conceda su adecuada importancia a esta banda británica, pero yo, después de haber visto a todo un país como Francia totalmente «poseído» por el sonido Deep, me atrevo a colocarlos dentro de esta estirpe de las vacas sagradas del «rock». Sus recitales, incluido el Japón, donde fue la apoteosis, son un derroche de fuerza, ritmo y espectáculo. Además, en lo suyo son muy buenos.

Caras tristes, nervios, sonrisas escépticas, algunos gritos, inquietud... Flotaba una tremenda expectación en la sala, todo eran golpes con el pie, mirar el reloj y preguntarse con la mirada si faltaba mucho. Cada uno de los que ahí estaba deseaba fervientemente ver aparecer a los músicos sobre la escena. La gente quería «rock», «rock» del duro, del durísimo, de ese que se te mete en el corazón a puñetazos y te hace un nudo en la garganta. Algunos bailan, muchos gritan y más de uno pretenderá subir al escenario para abrazar a los chicos de Blackmore. Deep Purple estaban allí, espectaculares, agresivos y mucho menos fríos que en lata. Un tipo me dijo que técnicamente eran muy buenos, pero tan

poco aportativos como mecánicos. Los temas se iban sucediendo e incluso la gente que parecía tranquila en un principio no podía parar quieta un momento. Los efectos, y a veces los efectos de Ritchie, levantaban a la gente de sus asientos, y no para hacer movimientos estereotipados con su cuerpo, sino para exteriorizar toda la procesión de impulsos y sentimientos inexplicables que iban por dentro. Creo que muy pocos permanecimos sentados, pero no por ello ajenos a un tipo de emociones internas similares a las de nuestros compañeros de recital «Purple». Yo no sé, porque cada vez sé menos, si lo que hace esta gente es «válido», pero lo que sí sé es que aquellas caras tristes, aquellos espíritus cabizbajos del principio, a la salida y en apariencia, mostraban contento y satisfacción. De acuerdo que puede ser, y que es nada más, una medida temporal, pero no se puede negar que, en cierto modo, la gente experimentó una cierta «liberación», ya que con sus gestos casi paranoicos extrovertían represiones, hastíos y ganas internas de devolver. El desahogo es tan parcial como cierto.

Siempre he creído que John Lord, el organista, tiene ideas interesantes en la cabeza, aunque quizá las manos no respondan plenamente. La tan cacareada «experiencia» sinfónica del grupo es un pequeño hito que ahí queda. Lord, a pesar de los rumores, sigue en el grupo, y junto a Paice y Blackmore seguirá trabajando, en unión de los dos nuevos miembros. Ian Gillan, el que fue vocalista y letrista del grupo hasta hace unos meses, elegantemente vestido, parado en medio del escenario, moviendo el micrófono de pie a lo Jagger, demostraba lo que es cantar «heavy-rock». Con su personalísimo estilo, Ian, que fue nombrado el vocalista de «rock» más guapo del 73 por una asociación de colegialas británicas de mi comarca, nos lanzaba su peculiar «mensaje revanchista». «Luchar contra este tinglado —dice Gillan— es totalmente inútil: la ballena te acaba siempre devorando. La única manera de hacer «algo», si de ello se tratara, es esperando tu día tu oportunidad, que seguro llegará. Una vez que puedas, si te parece bien, pon en práctica la ley de la revancha. Así sabrán que las ratas hemos conseguido subir del estercolero, de las alcantarillas donde el sistema nos ha tenido metidos desde que hemos nacido». Roger Glover, el bajista, escondido y efectivo como siempre, habla poco, toca con su inseparable gorrito, y su habitual cinismo le hace reírse, ahora que puede, de casi todo. No está muy claro por qué ha dejado el grupo, aunque dijo que deseaba volver a la tranquilidad. Ian Paice, el que es para mí, junto a tres o cuatro más, uno de los baterías más

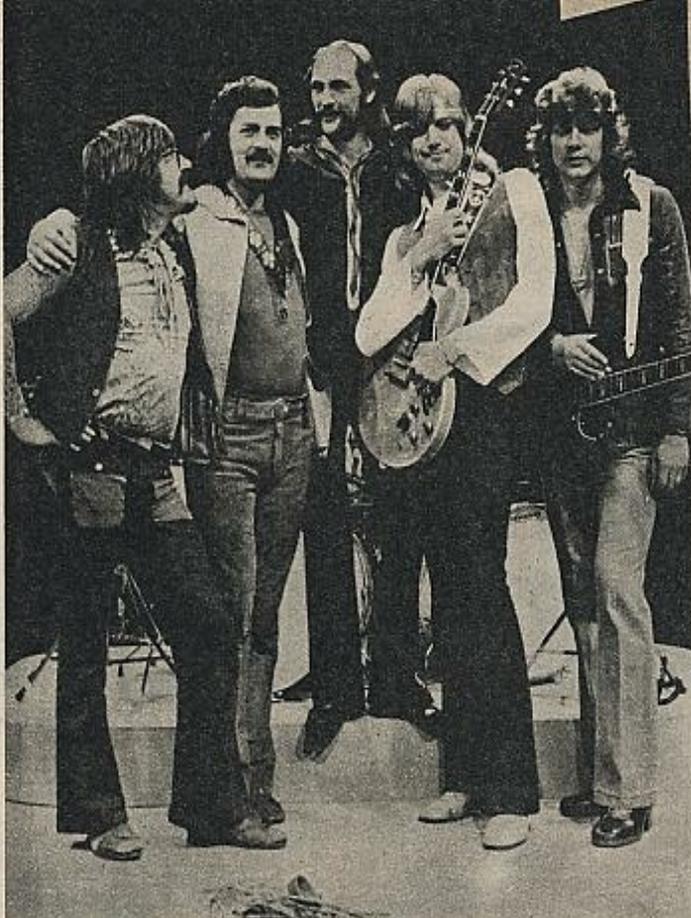
brillantes de la historia, está siempre en el centro del «tinglao Purple». ¡Hay que verle tocar la batería!... Su forma es agotadora, brillante y efectiva. Yo, cuando dicen que lo suyo es casualidad, puedo decir que le he visto trabajar muchas horas su instrumento, y hay que descubrirse... Cualquiera que intentara imitarle no ganaría para parches... Personalmente, su forma de tocar me llega muy al fondo. Sus golpes son profundos, netos y limpios. Extremadamente tímido, escondido en su inmensa melena y sus gafas negras, Paice saca a relucir en sus golpes fundamentalmente una cosa: su rica vida interna.

Para escuchar a los Purple conviene eliminar prejuicios y dejarse invadir por esa corriente vehemente y sanguínea que su «rock» lleva dentro. «Deep Purple in rock» es una especie de explosión atronadora, eco de una reprimida fuerza interna. Ellos son el grupo de esa gente que ha aprendido «a ser buena», «a reprimirse», «a ser de orden» y... que harta ya de todo eso, desea sacar a relucir violentamente todas sus frustraciones medio burguesas. Quizá todo se quede en la evasión superficial, en la forma, pero eso no impide para que en el fondo sea necesario.

### Moody Blues («I'm just a singer in a rock & roll band»)

Moody significa muchas cosas. La traducción castellana no refleja exactamente en sus palabras triste, melancólico, taciturno, etcétera, el auténtico espíritu de este término. Ser «moody», en inglés, es una forma de vivir, de entender la vida. La humanidad ha perdido un acorde, muchos acordes, y sin ellos jamás podrá afinar. Los Moody Blues buscan este acorde perdido, y como no lo encuentran, por eso están tristes, pesimistas, viendo cómo la humanidad se pierde por las alcantarillas. Estaba tentado de decir que los Moody son el grupo más sublime de la historia de la música, pero mejor no lo digo... Diré tan sólo que son mi grupo favorito, sin que mi amor por ellos deje de hacer objetivo lo que voy a decir.

Ante todo, quisiera echar por tierra las dos ideas más falsas y habituales que andan por ahí en torno al grupo inglés, en boca de aquellos que hablan sin demasiado criterio. Quizá el problema esté causado únicamente por el desconocimiento casi total de una mayoría. Si se preguntara tanto a «profesionales» como a aficionados, la gente no pasaría de citar «Night in white satin»; este tema de Justin es una de las más grandiosas y bellas canciones de amor de todos los tiempos. Al no haber nada inconexo en la obra de Moody



Oír a los Moody Blues es como tocar las nubes, como palpar el cielo.

## LA ESTIRPE DE LAS VACAS SAGRADAS

Blues, ya que cada elemento es una consecuencia del todo, no se puede extirpar nada, aunque sea muy bueno, de todo el conjunto. La primera idea que hay que meterse en la cabeza sobre ellos es ésta: la continuidad, la totalidad y el espíritu de obra común y completa. Todo está encuadrado en su contexto. Por ejemplo, algunos temas «más fáciles» de Ray Thomas sirven de perfecto contrapunto a las habituales composiciones de Hayward. El tratamiento de la portada, a cargo de Phil Travers; el trabajo de producción del buen amigo Tony Clark, los poemas, las fotos, todo forma parte inseparable de la obra y, sobre todo, del «espíritu Moody».

Partiendo de la base de que «Días del futuro pasado» es el álbum menos Moody, hace poco me lo aseguraba Greame Edge, ya que había entonces muchos elementos «ajenos a la obra», sería absurdo estancarse en los conceptos de entonces, que probablemente hoy son ya simples tópicos. Con esto quiero decir que, en contra de lo que he oído por ahí, Moody Blues han evolucionado considerablemente desde el primer álbum. Es natural que haya álbumes mejores que otros, pero en todos y cada uno veo un valor especial y una pausada superación. Ideas nuevas, elementos e instrumentos nuevos son

la consecuencia de esa evolución serena, madura y lenta que el grupo va sufriendo.

Los genios se pueden contar con los dedos de una mano, y, desde luego, desde las ya citadas «Noches de blanco satén» hasta «La tierra de mentirijillas», pasando por «Never comes the day», «Question», «You can never go home» y un largo y sublime etcétera, nos encontramos con la obra del músico más inspirado, poético y genial en cuatro notas que he escuchado jamás: Justin Hayward. Justin es, para mí, el rey; para otros, uno de los reyes de la melodía, sin que su historia tenga borrones tan lamentables, estilo «ob-la-dis» o «submarinos amarillos». Justin es el músico que, como muy pocos, toca esa fibra íntima, profunda y sensible que duerme allá en el fondo de nuestro corazón. Como músico, ahora incluso hasta en directo es, y perdón por la reiteración, sublime. Ultimamente, John Lodge, en sus composiciones, está llegando también a unos límites maravillosos. No hay más que recordar su «One more time to live» y el «Isn't life strange», perteneciente el primero al LP «Every good boy deserves favour», y el segundo, al «Seventh Sojourn».

Otra de las tonterías que se oyen por ahí es que «los Moody tocan blando...». Ya en Wight muestra-

ron todo lo contrario, haciendo con mucha fuerza temas tan conocidos como aquel «Ride my see-saw», de Lodge. Después de conocerlos muy a fondo, me atrevo a decir que poca gente toca en directo como ellos. Musicalmente, son la consagración de la melodía. Oír a los Moody Blues es como tocar las nubes, como palpar el cielo. En ellos nada es disonante, todo es armónico, y si alguna vez llegué a tener duda de que existiera algo tan utópico como el cielo, fue precisamente escuchando sus canciones. Su música no tiene ni tiempo, ni época, ni fin... Supongo que una gran mayoría desconocerá la profunda y trascendente ideología de los Moody. Quizá unos porque no saben inglés y otros porque nunca se hayan parado a leer sus poemas. Suelen hacer sus álbumes en torno a una idea central, el último es una excepción. En todos ellos se aprecia, reflejado por su habitual melancolía, el desacuerdo de esta gente con la sociedad actual, cargada de cosas antinaturales y horrosas. Aparte del completo análisis que hicieron en «Question of Balance» sobre el mundo actual, hay un tema enormemente revelador en el último álbum. (No quiero dejar de citar al pintor Phil Travers, que hizo para «Cuestión de balance» una portada antológica y reveladora del espíritu Moody.)

El tema al que antes me refería es del organista Mike Pinder, y se titula «Lost in a lost world», que significa: «Perdido en un mundo perdido». En él, por boca de Mike, los cinco miembros del grupo y todas las personas circundantes a su obra, expresan todo su desencanto, su amargura y su poca fe en todas las «soluciones» que se apuntan. Piensan que la revolución sangrienta no es positiva, que lo único válido es una evolución lenta, personal y colectiva. Ellos, como grupo, dan ejemplo de esto. Dicen también que es ridículo pretender hacer una revolución a escala mundial, cuando todos y cada uno de nosotros aún no hemos llegado ni a un aceptable nivel de evolución humana. Casos tan recientes como el chileno les han afectado profundamente, ya que por sí solos demuestran muchas, muchas cosas... «Allende y su intento era una luz de esperanza para las fuerzas evolutivas del mundo —dijo Hayward—, y ya hemos visto todos su final...». Moody, precisamente por eso y por otras muchas cosas, significa triste, melancólico. No obstante, ellos siguen creyendo en la luz suprema del amor, y dentro de su confusión afirman: «Si quieres soluciones, no me las pidas a mí, yo sólo te puedo dar amor; si tienes algo claro, por favor, dímelo, ya que yo soy tan sólo el cantante de una banda de «rock and roll»...». ■ J. P. L.-L.